

Gérald estaba arrodillada ante él, con los ojos levantados y las manos juntas, diciéndole con la sonrisa en los labios:

—¡Aquí estoy!

V. UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N.E.M.

Mary Gérald no era una de esas mujeres cuya posesión había. Hermosa, elegantísima, era, no sólo por esto, sino por su profesión, por su talento, codiciada, envidiada lo suficiente para tener siempre el corazón de un amante ilusionado, inquieto, intranquilo. Aunque amara, aunque se hubiera entregado por completo á una pasión, á un capricho, no dejaba de ser la comedianta, el ser idolatrado, festejado cada

vez más por el público, y á quien una pléyade de adoradores cosmopolitas, cada día distintos, seguía siempre que cruzaba el boulevard de los Inválidos, acompañándola como un enjambre de hormigas que desaloja su vivienda. Había, pues, para Felipe rivalidades, sombras, inquietudes, que animaban su pasión y la hacían cada vez mayor.

Mary Gérald, por su parte, bañaba con delicia su corazón fatigado en la fuente fresca y relativamente pura de aquellos amores nacientes. Había tomado en serio aquel idilio encantador, y desempeñaba en él su papel con tanta sinceridad como Felipe; así es que quince días después les encontramos juntos, soñando eternizar este poético episodio de su vida.

Acababan de almorzar y se paseaban en el jardín: hacía una mañana

magnífica, y todo les sonreía, hasta la primavera, que merecía aquel año su antigua reputación, tan á menudo usurpada. Mary Gérald, arrancando de cuando en cuando tallos verdes que mordía con sus menudos y hermosísimos dientes, comunicaba á Felipe sus planes para el porvenir con unos ademanes tan dulces, tan tiernos, que, siendo hechos por aquella bellísima artista, constituían la más encantadora de las coqueterías.

—¿Me juráis que no escribiréis más que para mí?

—Os lo juro.

—¿Siempre? ¿Aun cuando lleguéis á ser un hombre conocidísimo?

—Siempre; aunque llegue á ser el mejor de los autores.

—¿Y cuando envejezca me olvidareís?

—¡Nunca, jamás!

—¿Por nadie?

—¡Por nadie!

—¿Y entonces querréis retiraros conmigo al campo?

—Aunque sea ahora mismo, si así lo deseáis.

—No....; pero oid al oído un secreto, amor mío.... ¡Os amo!

En el momento en que Mary Gérald murmuraba al oído de Felipe estas ternezas, la criada se presentó repentinamente ante ellos muy emocionada.

—Señor (dijo sofocadamente): está ahí vuestro padre.

—¿Mi padre?—dijo Felipe, palideciendo.

Este incidente, fácil de prever, y que debía haber presentado, recordando algunas frases de las últimas cartas de su padre, le aterró, sin embargo, como

una catástrofe inmensa. Mary Gérald, por el contrario, agradablemente sorprendida, enmudeció, recordando la escena análoga de la *Dama de las Camelias*, imaginándose ser la protagonista. Creyó también que sería á ella á quien el señor de Boisvilliers deseaba hablar.

—No, señora (dijo la criada); es por el señor por quien ha preguntado.

En el mismo instante, el señor de Boisvilliers apareció, dejando ver su gran estatura en la puerta del salón, y avanzó con paso mesurado hacia una ventana abierta sobre el jardín, al cual miró. Mary Gérald se inclinó ligeramente, y él la devolvió el saludo con una grave cortesía, marchando luego hacia el centro del salón.

Felipe entraba en aquel momento, y, cerrando la puerta, se dirigió á abra-

zar á su padre , cuando éste le detuvo con un gesto :

—Perdonad (le dijo) ; pero ¿ en casa de quién estoy ?

—Padre mío , estáis en mi casa .

—¿Habéis , pues , por lo que veo , heredado á alguien sin que yo lo sepa ?

—replicó el señor de Boisvilliers .

—Os comprendo , padre mío ; pero sólo he alquilado esta casa por un año , y estoy seguro de poder pagar su alquiler con los rendimientos que me produzca mi drama , que creo no es ya un secreto para vos : se va á representar muy pronto .

—¿Y si vuestra obra no gusta ?

—Padre mío , todos los que la han oído están persuadidos de que gustará .

—Felipe , contraer una deuda que no se tiene la absoluta seguridad de poder pagar , es deshonorarse : ¿ lo oís bien ?

¡Mancháis nuestro nombre ! ¡ Es una dicha que vuestra madre haya muerto !
¡ Adiós !

Y el rígido y recto anciano salió rápidamente del salón , y luego del hotel .

Mary Gérald , que observaba atentamente , le vió á través de la verja salir del jardín , subir al carruaje que le había llevado , y comprendió , por sus ademanes , que la escena que acababa de pasar debía haber sido tan penosa como corta . Se apresuró á reunirse con Felipe , á quien encontró sollozando y con la cabeza entre las manos .

—¿Qué ha pasado ? No seáis tan niño.... ; creí que teníais más valor ,— le dijo .

—¡Valor ! (replicó Felipe sollozando aún.) ¿Y qué valor queréis que tenga contra estas cosas ? ¡ Mi padre me ha dicho cosas horribles !

—¿Qué os ha dicho? Vamos; decídmelo, amigo mío.

—¿Podréis creer que ha supuesto que vivía aquí á vuestra costa?... ¡Mi padre juzgarme capaz de tal infamia....; mi mismo padre!

Y tuvo un nuevo acceso de dolor.

Mary se arrojó á sus pies, tomó sus manos, besándolas apasionadamente, y deslizando en su oído mil y mil ternezas, logró á los pocos instantes calmar su dolor; y aun le hizo sonreír, diciendo:

—Eso no vale nada.... Tened un poco de paciencia, que falta os hace; dentro de quince días se habrá representado vuestra obra, y os aseguro que entusiasmará á todo el mundo, y vuestro mismo padre vendrá de su pueblo exclusivamente para verla, y llorará de alegría abrazándome...., ya lo veréis.

—¡Oh, sí, tenéis razón! (respondió Felipe, acabando de sacudir su tristeza.) Estas son pruebas comunes á la vida de todos los poetas y artistas. Sin estas contrariedades, ¡sería tan hermosa!

Á los pocos instantes se fueron juntos al teatro, adonde les llamaba la hora del ensayo.

Aquel día Felipe escuchó su obra con más atención y recogimiento que nunca; porque comprendió bien los grandes intereses que estaban unidos al destino de *Fredegunda*. La estimación y el cariño de su padre, la opinión de sus amigos y la de las gentes cuyos círculos frecuentaba, su buena reputación, su honor, tal vez su amor, ¿no estaban ligados con aquella terrible batalla que iba á librar al cabo de algunos días? Felipe no estaba en

aquella disposición de espíritu en condiciones para juzgar su obra ; los versos llegaban á sus oídos como vagos murmullos , sin cadencia ni sonoridad. Le parecía que resonaban en aquella sala tenebrosa y vacía como las letanías de los muertos.

Cuando contó estas siniestras impresiones á Mary Gérald:

— Dejadme (le dijo) ; vuestra obra es magnífica, y vos también. Lo que falta es el público.

Estas palabras le tranquilizaron ; pero lo que le tranquilizó aún más, fué la agitación cada vez mayor que se notaba en París , á medida que el día de la primera representación de *Fredegunda* se acercaba. Esto le parecía un presagio feliz. Los periódicos excitaban cada vez más la curiosidad pública respecto á esto , haciendo bio-

grafías del joven autor , y citando las partes más interesantes de su obra. Describieron las principales decoraciones , y detallaban los trajes y los peinados de Mary Gérald ; alababan al director Lafosse por haber descubierto un joven que tan buenas disposiciones tenía , y por su generosidad al proporcionarle todos los recursos para representar fastuosamente su primera obra.

Aturdido, envanecido con todas aquellas demostraciones que le enaltecían, preocupado con las correcciones de última hora y con las entrevistas para que la generalidad de la prensa le fuera propicia ; molesto por el sinnúmero de peticiones de billetes con que le asediaban , Felipe no tardó mucho en no poder reflexionar y en abandonarse por completo á la fiebre, al placer de aquella aventura.

La misma Mary Gérald era víctima de esa febril agitación que se apodera de los artistas dramáticos en vísperas de sus grandes batallas. Tan pronto se encontraba animada y presentía una gran victoria, desbordándose su alegría, como repentinamente, y sin motivo alguno, sentía abatimientos terribles.

—¿Sabéis una cosa? (dijo Mary un día á Felipe.) Hay momentos en que nuestra pieza me parece completamente estúpida.

En medio de todas esas emociones preliminares, llegó por fin el día solemne.

No había habido ensayo general, pues Mary Gérald había querido reservar para la representación todo el esplendor de sus lindísimos trajes.

Por la mañana Felipe había ido á

casa del fondista Brébant á encargarse la cena con que pensaba obsequiar á la terminación del espectáculo á los artistas que iban á interpretar su obra. Fué luego á la calle de Castiglione á elegir ramos para las actrices, y, estando satisfecho por haber cumplido á su gusto sus deberes de hombre galante, pasó el resto del día paseando por el jardín, mientras que Mary Gérald tenía con su costurera una última y suprema entrevista.

Un poco antes de las ocho, se dirigió al teatro, vestido de frac y corbata blanca, tan pálido como puede estarlo un ser vivo. Subió al escenario, adonde el gas iluminaba los jardines de una ciudad merovingia, siendo saludado por los semblantes alegres de los empleados del teatro y de los encargados de ayudar á vestir á los

La misma Mary Gérald era víctima de esa febril agitación que se apodera de los artistas dramáticos en vísperas de sus grandes batallas. Tan pronto se encontraba animada y presentía una gran victoria, desbordándose su alegría, como repentinamente, y sin motivo alguno, sentía abatimientos terribles.

—¿Sabéis una cosa? (dijo Mary un día á Felipe.) Hay momentos en que nuestra pieza me parece completamente estúpida.

En medio de todas esas emociones preliminares, llegó por fin el día solemne.

No había habido ensayo general, pues Mary Gérald había querido reservar para la representación todo el esplendor de sus lindísimos trajes.

Por la mañana Felipe había ido á

casa del fondista Bréban á encargarse de la cena con que pensaba obsequiar á la terminación del espectáculo á los artistas que iban á interpretar su obra. Fué luego á la calle de Castiglione á elegir ramos para las actrices, y, estando satisfecho por haber cumplido á su gusto sus deberes de hombre galante, pasó el resto del día paseando por el jardín, mientras que Mary Gérald tenía con su costurera una última y suprema entrevista.

Un poco antes de las ocho, se dirigió al teatro, vestido de frac y corbata blanca, tan pálido como puede estarlo un ser vivo. Subió al escenario, adonde el gas iluminaba los jardines de una ciudad merovingia, siendo saludado por los semblantes alegres de los empleados del teatro y de los encargados de ayudar á vestir á los

artistas. Oyó á través del telón, corrido aún, crecer el murmullo producido por el público que iba colocándose en sus sitios respectivos, y aquel murmullo le llegó hasta el alma. Mary Gérald apareció por fin, deslumbradora de hermosura y entusiasmo, luciendo su flotante traje real, del que su doncella sostenía la purpúrea cola. Tendió su mano á Felipe, y sonrió alegremente; después hizo una señal al director para que mandara levantar el telón.

El director había reservado un palco para él y Felipe. Acababa éste de ocuparle y sentarse, cuando se oyeron los tres golpes reglamentarios. Repentinamente cesaron todos los murmullos, y el telón se alzó lentamente.

Es éste un minuto terrible. Desde aquel instante vuestra obra, vuestro

nombre, vuestra misma personalidad, no os pertenecen; pertenecen á aquella muchedumbre indiferente y burlesca que ocupa el teatro. No es posible retractarse; la fuga es imposible; estáis dentro del laminador, y tenéis forzosamente que pasar por él. Que notáis en vuestra obra, por una lucidez repentina, alguna falta, algún detalle ridículo; pues no podéis corregirlo: que echáis de menos la santa paz y la digna obscuridad de la vida de familia; pues es tarde, y nadie del mundo puede impedir que os juzguen inmediata y bulliciosamente: tenéis que sufrir el fallo, la risa ó el entusiasmo de aquella multitud temible, que es aquel día todo París, y al siguiente toda la Francia.